

capítulo

3

A las nueve ya estaba preparado para salir de casa. Estaba inquieto. No podía esperar más. Besó a sus padres como hacía siempre que entraba o salía de casa. Era muy cariñoso, sobre todo con Rosario, pero ese beso era muy diferente a los de los últimos meses.

-¡Cuánto hacía que no me besaba así! -dijo Rosario-. Esa chica le está cautivando. No sé si le conviene o no, a mí no me gusta mucho, mejor dicho no me gusta nada, pero no soy quién para entrometerme en su vida.

-Date cuenta -dijo José- que siempre estamos comparándola con Carmen. Y eso no es justo. Carmen siempre estará en nuestro corazón, la hemos querido muchísimo -dijo con voz lastimera-, tanto como a Carlos. Pero seguro que otra mujer puede hacerle igual de feliz y debemos darle nuestro apoyo. Sabes que “todas las comparaciones son odiosas”, así que te pido por el bien de todos, que olvidemos y no caigamos en eso.

-Tienes razón, José. Ha sido una baja por mi parte. Es como si tuviera celos de que alguien me lo vuelva a arrebatar. Como si fuera Carlos una propiedad privada; antes compartida con Carmen y ahora sólo mía.

-Bueno, bueno, no te tortures, eso le pasa a todas las madres. Todas ven defectos en las novias de sus hijos. ¿No te acuerdas de que al principio tampoco nos convencía Carmen?

-Sí, es verdad. Pero que voy a hacer, soy celosa, lo reconozco. Me encantaría llevarlo siempre de la mano, como cuando era pequeño. Hay veces que no me doy cuenta de lo grande que es y de qué tiene su vida. Quiero protegerlo y cuidarlo. ¡Es tan bueno!, y ¡le está haciendo tanto daño la vida! ¡Está siendo tan injusto este mundo con mi pequeño!

-¿Por qué no vamos al salón a ver la película? Ponen una muy buena de miedo. Antes te gustaban mucho. ¡Anda! Vamos y luego en el intermedio venimos a recoger.

-Bueno, iré, pero que sepas que a mí no me la pegas. Sé perfectamente que el fregado queda para mí, porque una vez que te sientas eres incapaz de levantarte. Qué te conozco...

-¿Yo? ¿Alguna vez no me he levantado a fregar? ¡Qué raro! Habrá sido algún día que me haya quedado transpuesto o que me haya dado una lipotimia.

-Lipotimia, menuda lipotimia, vagancia lo llamaría yo.

Los dos siguieron discutiendo amistosamente acabando, como casi siempre, en una discusión de reparto de papeles. Hacía mucho que podían hablar de todos los temas, hasta de los más delicados, sin acaloramiento. Su sufrimiento era tan intenso que cualquier otro tema les parecía banal, no consideraban ninguno de ellos tan importante como para ser motivo de disputa. La vida les había enseñado, cruelmente, a valorar lo verdaderamente importante.

Carlos ya se había tomado dos cafés cuando llegó Teresa.

-¡Hola! le dijo, con gran alegría y dándole un beso.

-¡Hola! la saludó Carlos bastante nervioso.

Sintió que se ruborizaba ante aquel beso amistoso. ¿Qué le hacía estar tan excitado? Teresa le conmovía y le turbaba, lo que le hacía mantener una constante lucha interna. Sentía traicionar a Carmen con esa atracción a la vez que la buscaba, siendo consciente de que mitigaba su dolor.

Fue Teresa la que, como siempre, rompió el hielo e hizo que aquella hora fuera muy agradable. Estuvieron hablando acerca de unos cursos de *control del estrés mediante ejercicio físico y relajación*, a los que ella asistía.

-Necesitas relajarte, Carlos -le dijo-. Has acumulado demasiadas tensiones. Tu cuerpo y tu mente siguen sometidos a ellas y hay que eliminarlas. Estás muy tenso. Necesitas hacer algo de ejercicio físico y éste tiene que estar acorde con el mental para que exista un equilibrio. En nosotros -y a nuestra edad- no es muy aconsejable un ejercicio brusco; podríamos "casar" -añadió bromeando-, por eso te lo propongo. Quiero que vengas. Yo empecé un poco a lo tonto pero el beneficio ha sido tan grande que no lo dejaría por nada.

A ti también te ayudará -continuó-. Te voy conociendo y sé positivamente que te conviene. Desde que falta Carmen te has aislado, te has encerrado en ti mismo, en tu dolor. Te has protegido con una hermética funda de soledad que te está destruyendo. Tienes que romper esa envoltura y salir al mundo. Antes eras muy abierto, extrovertido y sociable y ahora -le dijo con voz dulce y mirándole a los ojos- ¿Por qué has dejado que tu tristeza te aisle? ¿Dónde está ese edificio con una estructura tan sólida de la que presumía siempre mi amiga? Se está demoliendo. ¿Por qué, si los cimientos son robustos, estables y resistentes? Quiero ayudarte, Carlos, a salir de esa angustia. No puedo permitir que te aniquiles.

-Tienes razón en todo lo que dices -añadió esquivando su mirada- y te lo agradezco de veras. Te preocupas mucho por mí. Sé que me iría bien, pero lo dejaré para más adelante.

-Venga Carlos, hazlo por mí, ven sólo una vez, no te lo volveré a pedir, te lo prometo.

Se quedó pensativo, mirándola...necesitaba algo nuevo, diferente que le ayudara a salir..."¿Y por qué no?"

- Está bien: ¿A qué hora tengo que ir y a dónde?

Teresa, exteriorizando su alegría, le dio pelos y señales de todo lo concerniente a las clases.

Luego seguiremos hablando -dijo Teresa, mirando el reloj-. Acaba el café que se nos ha hecho muy tarde. Va a empezar la película.

-¡Uf! Cómo se ha pasado el tiempo. Si parece que acabamos de llegar.

-¡Vamos! ¡Corre! -le dijo Teresa, cogiéndole de la mano.

Los dos corrieron calle abajo hasta la puerta del cine. Entraron en la sala, que ya estaba con la luz apagada y se sentaron en la última fila para no molestar.

Carlos, durante la película, que realmente fue larguísima, estuvo pensando en cogerla de la mano, en decirle que le estaba haciendo despertar, sonreír y le estaba devolviendo la alegría que creía haber enterrado con Carmen, pero no se atrevió. De vez en cuando ella se acercaba para hacerle algún comentario sobre la película. Le agradaba su aliento en el oído y la caricia de sus cabellos en su mejilla.

No entendía cómo podía estar allí con otra mujer que no fuera Carmen y sentirse bien. Intentaba concentrarse en la pantalla para impedir que el remordimiento volviera a ganar la batalla.

Cuando terminó la película, salieron del cine y él la acompañó a casa. Era tarde y al día siguiente tenían que trabajar así que no se entretuvieron mucho. Mientras andaban comentaron un poco la película. Carlos no se había enterado de nada. A pesar de ser una trama fácil, hubo muchas cosas que se le escaparon.

Enseguida llegaron a la calle donde vivía Teresa, pero ella insistió mucho en que se volviera y no le dejó acompañarla hasta la puerta como le hubiera gustado. Le dio un beso que le hizo estremecerse y salió corriendo.

-¡Hasta mañana! -le gritó girándose mientras corría-. A las cinco, no te olvides.

-¡Hasta mañana! Allí estaré -dijo alzando la voz y sorprendiéndose de su tono alegre. Le desconcertó la euforia de sus palabras y le extrañó que tuviera que reconocer a aquel Carlos jovial que vivió con él hace ya mucho tiempo.

No era fácil mantenerse firme. El dolor por la pérdida de Carmen se agudizaba con el sentimiento de traición. Su mujer se merecía un duelo más largo pero no podía mantener por más tiempo la agonía y los nuevos sentimientos que afloraban le estaban surgiendo sin buscarlos.

A las cinco en punto acudió a su cita; había mucha gente, también Teresa. Todos se dirigían hacia el mismo sitio. Al entrar en la habitación se quedó un poco perplejo. Todo era muy extraño. La sala, casi completamente a oscuras, estaba iluminada con una vela en el centro y al lado de ésta se quemaba una barra de incienso. El olor que desprendía le mareaba, algo semejante le ocurrió con la música que se oía de fondo. Se trataba de una melodía oriental, tan monótona y repetitiva que le producía malestar. El suelo estaba enmoquetado y las contraventanas, cerradas, al igual que la puerta. Todo se cerró a cal y canto. Con ese ambiente sentía un poco de claustrofobia.

En otras circunstancias hubiera observado todo minuciosamente, tanto la sala como a sus compañeros. Siempre había sido muy crítico. Hubiera analizado. Pero, precisamente, ahora, le importaba todo un bledo. No tenía ni intención, ni fuerzas para el análisis. Y por eso se dejó llevar.

El malestar, poco a poco, fue desapareciendo para dejar paso a un agradable bienestar que acabó convirtiéndose en placer. Aquella sesión le aportó una sensación maravillosa. Consiguió una gran serenidad. Se alegró de estar allí.

A la salida esperó a Teresa, que también expresaba una gran satisfacción en el rostro.

-Hace mucho que no me encontraba tan bien. Tus amigos son encantadores. Me han acogido como si me conocieran de toda la vida.

-Sí, siempre están dispuestos a ayudar al prójimo. Tienen un sexto sentido para saber apreciar quién los necesita. Saben que la vida es dura y su filosofía es hacerla fácil y llevadera.

-Oye, esto es una maravilla. Es mejor que una ducha fría y eso que no he conseguido llegar a relajarme. Mi mente no se quedaba en blanco, como decía el profesor. Cuando lo consiga, será la leche.

-¡Mejor que la leche! -rió Teresa. Lo conseguirás muy pronto, no tienes más que dejarte llevar por su voz y hacer lo que te diga. Abandona tu cuerpo a sus mensajes y conseguirás relajarte completamente. Ahora todavía estás muy tenso, aunque a ti no te lo parezca no te entregas, inconscientemente te bloqueas y no dejas que tu cuerpo se separe de tu mente.

-Creo que debería volver -contestó apenas sin escuchar y menos razonar las palabras de Teresa. El tiempo que había estado allí, había pasado rápidamente y sin dañarle. Eso era lo que buscaba.

-Te vendrá muy bien -le dijo, dándole una palmadita en el hombro-. Aprovecha la quincena gratuita que os han ofrecido.

-Sí. Lo pensaré. Puede que vaya. Seguramente lo haré.

-Te espero mañana. A la misma hora. Si cambias de parecer, me llamas y, sino, aquí estaré.

-Gracias, por todo, Teresa.

-¡Hasta mañana!

Carlos levantó la mano para despedirse. Su boca dibujó una bonita sonrisa y sus párpados se cerraron unos instantes.

Volvió a casa. Al verlo, José sonrió y Rosario le besó. Carlos subió a su cuarto y por primera vez desde la muerte de Carmen dejó que la música sonara y desplazara al silencio.

Cada día, cada sesión le gustaba más. Había encontrado un motivo, una ilusión que le ayudaba a alejarse de su dolor.

Era martes y Javier, su compañero, volvía de vacaciones. Quería compartir con él sus nuevas experiencias. Aquel día fue consciente de que había dejado de arrastrar su cuerpo, de que sus pies se movían ágilmente y de que, por fin, la alegría empezaba a acompañarle.

Al verlo entrar en el despacho, Javier se levantó de la silla –sorprendido gratamente por su expresión-. Se fundieron en un abrazo e inmediatamente le contó cómo había experimentado un cambio en su interior. Había descubierto algo nuevo. Cómo Teresa le había ayudado. Cómo, por medio de la fuerza del

grupo, había podido extraer toda la energía negativa, para volver a sentirse un hombre nuevo.

-Eh, eh, despacio. -le interrumpió Javier- No sé bien de qué cursos me estás hablando.

- Mira, te voy a contar la sesión de ayer -continuó Carlos emocionado y acelerado-: Primero empezamos con una serie de ejercicios de calentamiento donde suavemente fuimos trabajando todos los músculos del cuerpo, estirándolos desde la cabeza a los pies. Después de repetirlo cuatro veces, mi cuerpo empezó a sentirse mejor. Nos tumbamos en el suelo y comenzamos con unas posturas que manteníamos uno o dos minutos. Tras las posturas venían -como ellos les llaman- las contraposturas, es decir, si la columna se doblaba primero hacia dentro, en el siguiente ejercicio lo hacía hacia afuera. Pero lo mejor de todo eran los períodos de relajación que hacíamos entre un ejercicio y otro. El silencio era sepulcral -como siempre- y el olor del sándalo, que al principio no me gustaba, me va pareciendo cada vez más agradable. La música me ayudaba a relajarme, inconscientemente se iba metiendo en mi mente y me serenaba. Todo estaba en su sitio. Todo estaba estudiado. Todo era perfecto.

Javier lo escuchaba atónito, se trataba de un precipitado monólogo, en el que Carlos disfrutaba de oírse a sí mismo.

La voz del profesor también era perfecta -prosiguió Carlos-, una voz pausada que me trasportaba.

Y lo verdaderamente fantástico, lo que me sumergió en una impresionante paz, fue la relajación final. Por fin después de quince días lo empiezo a conseguir. El profesor nos iba dando mensajes para relajar desde los pies a la cabeza, nombrando todas las partes del cuerpo y ordenando una por una para que se distendieran y no opusieran resistencia a un abandono completo. No sé que tiene esa voz, pero todo mi cuerpo se va tras ella. ¡Me aporta tanta seguridad! Estuve sumido en ese sueño cerca de media hora. Al despertar sentí como si hubieran sido muchas más. Mi cuerpo, completamente relajado, se sentía ligero como una pluma. Poco a poco todos fueron saliendo de la relajación y nos fuimos juntando formando un corro, alrededor de la vela y el sándalo. Sentados, todavía sin hablar nada entre nosotros, nos fuimos dando la mano repitiendo un sonido, nos explicaron cómo había que repetirlo y cómo acompañarlo con la respiración. De pronto, uno a uno, empezaron a expresar sentimientos, sensaciones, confesiones. No sé que pasó, pero de repente, se volvieron transparentes, sus corazones se abrieron y empezaron a contar sus vivencias. Fue una liberación tan grande que no lo podré olvidar. Jamás había sentido nada parecido, fue algo maravilloso. Esa cadena humana era tan sólida, que llegamos a ser uno. La comunión fue perfecta, cuando terminaron de expulsar todo lo negativo que tenían dentro, nos mezclamos, cediendo nuestra energía positiva al compañero que teníamos a la derecha y recibéndola del de la izquierda. Estoy

Javier le pidió perdón por malinterpretarlo y optó por callarse. No le gustó como le contestó. No se volvería a inmiscuir en sus asuntos. Estaba demasiado sensible y no quería enturbiar su amistad por esas discrepancias.

Carlos recordó aquellos mensajes de advertencia que le transmitieron en su sesión: “El mal está en la calle; en vuestra familia y amigos, en todos aquellos que intentan apartaros del camino verdadero. Son obstáculos peligrosos que tenéis que apartar”. En clase le parecieron muy duras esas palabras pero ahora tenía que reflexionar sobre ellas. El comportamiento de Javier le había hecho pensar en ellas.

Volvió a solicitar otro curso y volvió a ver a Teresa en clase; allí estaba, resplandeciente como siempre. Cada nueva sesión superaba a la anterior, lo que le corroboró la profesionalidad del profesor. Se sentía a gusto con ellos, el calor de su acogida le daba seguridad. Hasta ahora se había limitado a escuchar pero necesitaba hablar. Esta vez, en la sesión, no se pudo relajar. Sabía que al final de la clase hablaría y tenía miedo. Nunca lo había hecho, pero había llegado el día. Estaba decidido y cuando llegó la hora, fue el primero en hacerlo; titubeó unos segundos y dejó que toda su vida fluyera por sus labios, vivencias que jamás había contado a nadie, por vergüenza o por tratar de olvidar, allí las narraba. Acciones de las que se

arrepentía, muchas de las que cuando ocurrieron no les dio importancia, ahora veía cuánto daño le habían causado. Pero gracias al grupo, a la “familia”-como lo llamaban sus compañeros- y en especial al “maestro”, lograba sacarlas de su interior y deshacerse de ellas para siempre. Mientras confesaba su vida oculta, se iba sintiendo ligero, cada vez más libre. Su sufrimiento conmovió a aquella gente, que consiguió que toda su rabia saliera fuera, estaba repleto de energía negativa y de no haber sido por ellos hubiera terminado por abatirlo. Se estaba autodestruyendo.

El curso intensivo de quince días volvió a terminar. Continuó yendo dos veces a la semana. Al cabo de un mes habló con Teresa. No le gustaba pedir favores pero necesitaba que interviniera para que le dejaran asistir más días a clase, dos veces a la semana era poco tiempo. Dijo que no era fácil pero le prometió hacer todo lo posible.

Al principio dudó. No llegó a diferenciar si necesitaba a Teresa y por eso iba a clase o si necesitaba la clase y por eso acudía a Teresa. Más tarde se daría cuenta de que la unión entre los dos era perfecta. Le gustaba Teresa y le agradaba el grupo. Todos tenían el mismo objetivo: alcanzar la vida eterna y la misma misión; intentar salvar a los hombres. Ella fue quién le enseñó a ser importante en la vida, utilizando su existencia para provecho de la humanidad y desechando la vida tan vacía y materialista que había llevado hasta ahora.

asombrado con esa experiencia. Debe ser como los baños de las caldeas que tanto relajan a la gente. Sí, un balneario sin agua.

-Espera, espera -le interrumpió Javier- dices que hacíais al final una especie de confesiones públicas. A mí eso no me gusta. Perdona Carlos, pero no creo que debas de ir allí. Ya sabes que me gustan mucho las técnicas de relajación. Recuerda que intenté convencerte para que vinieras conmigo a clases de yoga. Sé que hay una tabla perfectamente estudiada, donde todo el cuerpo trabaja por igual sin sufrir ningún músculo más que otro. Es muy equilibrado y armonioso. Ninguna parte del cuerpo predomina más que la otra, trabajan hasta los músculos más profundos. En el yoga se conserva en todo momento la simetría, ese es uno de sus secretos; la armonía y por supuesto la relajación, el poder evadir, serenar la mente y hasta parar los pensamientos, por unos instantes, lo que nos dará seguridad, valor y ayuda para afrontar mejor los problemas cotidianos.

A lo largo del día -continuó-, si nos damos cuenta, no hay ni un momento en el que los pensamientos cesen, puede que ni siquiera en el sueño, la mente siempre está funcionando, pero en el yoga, conseguir pararla es algo maravilloso; acallar tu mente y relajar tu cuerpo; un cuerpo pesado en el que notas cómo tira de él la gravedad de la tierra y tú te dejas arrastrar por ella. Cuando vuelves en ti, parece que has despertado de un sueño de ocho horas. Estás

completamente nuevo.

Todo eso lo conozco - prosiguió Javier-, lo he experimentado en mi cuerpo y me gusta. Pero aquello que se separa de una relajación y de unos ejercicios me da miedo. Yo jamás he dejado que me lleven por creencias extrañas. He huído de todas esas clases que han intentado crear algo que a mí me ha parecido fuera de lugar. Cuando intentan indagar en tu mente, controlarla, no me gusta. Yo soy quien la aquieta, pero no quiero que nadie más se meta en ella. Me parece que esto que tú me cuentas puede acabar en un mal rollo. No te adentres mucho en la vida de los demás, es peligroso. Ni dejes que los demás conozcan y se metan tanto en la tuya. Seguro que el ambiente era propicio para confesar las más íntimas vergüenzas e incoherencias que todos ocultamos en nuestra vida privada. Creo que eso es manipulación. ¡Ten cuidado, Carlos! -le insistió Javier-. Debes pensar que los humanos tenemos unas mentes muy retorcidas y somos capaces de hacernos mucho daño, utilizando lo que con la mejor intención un día les confesamos.

-Mira, Javier, no soy tan tonto. Estás haciendo unas conjeturas falsas. Te estás imaginando cosas que sólo están en tu enrevesada cabeza. No sé a qué clases de sesiones te refieres, ni qué mundos has conocido. Pero no se trata de este grupo. Te ruego que seas más prudente y que, cuando quieras opinar, medites antes tus palabras y procures no herirme, ofendiendo a personas que ni siquiera conoces.

Al día siguiente, Teresa le comunicó que lo había conseguido. A partir de ahora podía ir dos días más a la semana. Carlos se alegró mucho. Teresa también le comentó que costaba bastante caro pero que merecía la pena. El dinero era un problema. A medida que se ascendía de nivel, los cursos iban siendo más caros. Era razonable, la calidad se iba acentuando y deberían estar mejor pagados; también era lógico que se les exigiera más dinero a los alumnos aventajados por considerarlos cada vez más aptos para recaudarlo, al estar más preparados mentalmente, al ir entendiendo el daño social que este causaba. Por ello tenían que luchar por ir apartando el dinero de este mundo, entregándoselo al maestro, era el único que evitaría los errores y peligros que conllevaba. No sólo entendía su filosofía de vida, sino que la apoyaría. Allí lo material pasaba al último plano, recaudaban bienes y dinero para la causa. La finalidad era ampliar las instalaciones para dar cabida a más gente. Pero a Carlos no le iba a resultar fácil conseguirlo. Su cupo se excedía y sus padres eran reacios a darle más.

Aquella tarde, Carlos y Teresa estuvieron paseando por la orilla del río. El gris de la muerte se desvaneció, llevándose consigo el grueso telón que ocultaba los múltiples colores de la vida. Los seres y objetos, que había dejado de ver, iban surgiendo a su paso. Era Teresa la que los iba iluminando, uno a uno. Ante sus ojos desfilaba toda la naturaleza, hoja a hoja, flor a flor, le mostraban su encanto, colores irreconocibles, olores desconocidos, sonidos inauditos, se des-

plegaban ante ellos. Un abanico de posibilidades se le ofrecían al lado de su nueva familia. Teresa fue quién despidió a su agonía y arrojó a su desgana, sacándole de las tinieblas y alumbrándole hacia la salvación. Su atracción por ella, en poco tiempo le había invadido, estaba por encima del sexo, de la pasión, del deseo, de lo mundano, superaba lo terrestre y le envolvía en el manto de la vida eterna. ¡Era tanto lo que esta mujer le ofrecía que estaba deseando estar a su lado!

El tiempo que pasaba en casa seguía encerrado en su cuarto. Desde que había empezado a salir se había vuelto más introvertido. Sus padres estaban despistados. Antes se angustiaban porque estaba triste pero ahora estaba insoportable. Todo le molestaba. A veces parecía un huésped, sólo acudía a comer y a cenar y nunca entraba en la conversación. No despegaba la boca y cuando la abría era para protestar. Su carácter había sufrido un gran cambio, el buen humor que le caracterizaba había desaparecido. Únicamente se dirigía a sus padres para pedirles dinero. Jamás había actuado así y ahora, que no tenía responsabilidades —que eran ellos quienes pagaban su manutención—, era cuando el dinero no le llegaba. Les preocupaba en qué se lo gastaba.

-Tenemos que cortar con esto —le recriminó Rosario cuando se fue Carlos—; no podemos seguir

dándole dinero. No me importa que no aporte nada, pero sí me preocupa lo que pueda hacer con él. El dinero mal empleado es una trampa peligrosa. Aunque me da la impresión de que se lo gasta en esa chica. No sé si son los celos pero cada día me gusta menos. La veo falsa, superficial... y esa dulzura... me resulta tan empalagosa...—el llanto le impidió terminar la frase y José, que permanecía en silencio, escuchándola, se acercó a ella y la abrazó.

José y Rosario seguían cumpliendo rigurosamente el horario de visitas. Ismael no experimentaba ninguna mejoría, solo algún que otro retroceso. Tenía paradas respiratorias que le acarreaban serias complicaciones. Todos se extrañaban de cómo un corazón tan pequeño y deteriorado podía aguantar tanto.

Carlos, después de llevar meses visitándolo diariamente, de pronto, y sin causa aparente, empezó a fallar; primero iba cada dos días y luego lo fue distanciando. Al cabo de tres o cuatro semanas dejó de ir por completo.

Se había vuelto otra vez reticente, egoísta y extraño: les habló de qué los médicos impedían que Ismael pagara por sus malas acciones y así nunca iba a generar buen karma y tenían que dejarle para que en otra vida lo tuviera —ni Rosario ni José sabían a qué

se refería-. Aunque no entendían de qué hablaba, no les gustó y les hizo reflexionar preguntándose en que estaría metido.

Al mes siguiente Carlos volvió a conseguir que le aumentaran las horas de asistencia a clase. Sabía que se lo habían concedido como un favor especial. Toda su vida giraba alrededor de su grupo. Cuando no estaba allí; se pasaba el tiempo repitiendo las frases que le enseñaban y así se sentía más cerca de ellos.

Ahora podía ir cinco días a la semana. Suponía bastante dinero y tendría que volver a pedírselo a sus padres. Era para lo único que le servían. Cada día los aguantaba menos. Se habían vuelto egoístas, codiciosos, maniáticos, entrometidos y se estaba planteando alejarse de ellos.

Poco a poco Carlos se fue incorporando a otros cursos que le recomendaban: relajación mental, concentración, meditación y otros relacionados con el control del cuerpo y de la mente. Estaba encontrando sentido a la vida. Le gustaba estar con el grupo. Eran diferentes. Luchaban por un cambio social. Decidió

ayudarles. Primero, como le aconsejaron, aportando una pequeña parte de su sueldo. Pero fue él quien, enseguida, incrementaría la aportación.

El dinero era un problema, pero no podía ser un impedimento. No tenía bastante con lo que ganaba, ni tampoco con la poca ayuda que sus padres le daban. No entendía porqué, hasta para beneficiar a su propio hijo, ponían tope e interponían el dinero entre ellos. Por ello se vio obligado a recurrir al banco y solicitar un préstamo. Se le abría un camino, le estaban ofreciendo ayuda, le daban amor. Después de tanto dolor volvía a encontrar sentido a la vida, ganas de luchar, tenía que asirse fuertemente a esta gente que desinteresadamente le estaba devolviendo la paz interior. En cambio sus padres le estaban defraudando. Cuando más los necesitaba, más le daban la espalda. Intentaban impedirle ser feliz, ponían trabas y pegas a todo. No eran los que él había admirado, habían cambiado desde la muerte de Carmen. ¡Materialistas! —recordaba Carlos las palabras del maestro—, que conocía la maldad de este mundo porque somos malos por naturaleza. Decía que nacemos malditos y por nosotros mismos no podemos librarnos de la muerte, que es el gran castigo. Solo Dios puede salvarnos. La elección es un don divino. Él nos llama y nos salva. Y al que ha elegido, es porque ha sabido escucharle y seguir el camino divino. Carlos veía que el maestro tenía razón, él había llamado a la puerta de sus padres y no le habían querido abrir. Le habían obligado a tomar una decisión; como no estaban dis-

puestos a escucharle tenía que librarse de ellos. No podía permitir que le hicieran más daño.

A las doce de la noche sonó el teléfono. La llamada era del hospital, comunicándoles la recaída de Ismael, el niño empeoraba por momentos; un pulmón ya había dejado de funcionar. Les prevenían del inminente desenlace, diciéndoles que lo más seguro es que no pasara de esa noche.

-Yo no voy -dijo Carlos-. Sencillamente es un cuerpo que cobija un alma que tiene que purgar por sus pecados y vuestra compasión no le beneficia en absoluto. Es un alma errante que pena por sus culpas y hay que ayudarle a pagar cuanto antes para que algún día, en alguna otra vida, pueda obtener su salvación eterna.

-Carlos, ¡Por Dios! ¡Qué estás diciendo! -le dijo Rosario-, tienes que estar con tu hijo hasta el final, todavía estás a tiempo de que se lleve una muestra de tu cariño.

-¡No tengo ganas! Le estáis perjudicando, dejadle que pague por sus pecados.

-Pero qué te pasa -balbuceaba Rosario, mientras las lágrimas arrasaban sus ojos-... qué crueldades estás diciendo...qué despiadado...

-Entérate de una vez -le dijo, clavándole unos ojos amenazadores, que jamás había visto en él- ¡No quiero verlo!

Ante tanto desprecio, ante tanta crueldad, Rosario no pudo controlarse y le abofeteó.

-¡Es parte de Carmen! ¡Ella sigue viva en él! -dijo Rosario, levantando la voz y fuera de sí. El comportamiento de su hijo le desbordaba-: ¿Cómo puedes ser tan mezquino de culpar al niño de la muerte de su madre?

José la agarró por la cintura y con una ligera presión consiguió que se encaminara hacia la puerta. Se marcharon al lado de Ismael. No dejarían solo a esa pobre criatura, a su nieto, que nació marcado por la adversidad y la desdicha. No tenía el amor de su padre, pero sus abuelos no le fallarían.

Rosario se quedó a su lado, cerca de la cabecera viendo sus ojitos cerrados y su respiración asistida, constantemente se preguntaba si estaba dormido o ya había muerto. La mancha sonrosada, el distintivo de la familia Romero también se había asentado en el cuello de Ismael. No había duda de que era uno de los suyos. Pensaba, con tristeza, en los cariñosos juegos que, a su costa, Carmen hubiera hecho a su pequeño, en lo divertido que hubiera sido para todos escuchar los comentarios jocosos acerca de la marca de otro "Romero". La imaginación de Rosario tampoco fue capaz de aliviar, ni por un instante, su dolor. Se le venía encima toda una saga caída en desgracia

—incluidos su hijo, su nieto y ella— Eran los tres únicos supervivientes y no podía soportar ver el exterminio de todos los nacidos con la tan querida marca.

En la calle había caído una fuerte helada, desde la ventana se veían los coches blanquecinos. Rosario recordaba las enseñanzas de su madre cuando le explicaba cómo los cambios bruscos de temperatura se resienten en los cuerpos y los enfermos que están muy graves no lo suelen soportar. Su madre decía que las horas del amanecer suelen ser mortales. Y así fue, apenas empezaba a despuntar el día, con la primera luz del alba, Ismael dejó de respirar. A su lado estaban sus abuelos que con lágrimas silenciosas dijeron adiós a su niño y dejaron que el sol naciente envolviera su alma inocente y la meciera eternamente.

—Es mejor así, —le dijo José— ¿Qué habría sido de él cuando nosotros faltásemos? Este hijo no reacciona. ¡Qué más pruebas tendremos que soportar!

Al día siguiente Pablo, un amigo de José, que había sido ebanista, trajo una caja blanca con un angelito dorado en el centro. Era el ataúd para Ismael. No pudo decirles nada, con los ojos vidriosos les entregó la caja y por más que insistieron jamás consintió en cobrarla.

—Pablo está muy afectado —le dijo José a Rosario— ¿Cómo un amigo puede entristecerse tanto y a

su propio "padre" ni tan siquiera se le escapó una lágrima?

-No es posible que todo lo que le hemos enseñado, las preocupaciones y desvelos que le hemos dedicado no hayan servido para nada -añadió Rosario-. Esto ya es barbarie. ¿Hasta dónde será capaz de llegar este hijo?

-No ha superado la muerte de Carmen. Está enfermo. Acuérdate de las palabras de Jorge, el psicólogo, cuando nos comentó que el rechazo hacía Ismael era normal después del gran golpe recibido. Lo raro fue que hubo un tiempo que lo aceptó, llegamos a creer que lo quería; nos hablaba de él con dulzura, se preocupaba por su estado y hasta me lo encontré varias veces llorando al lado de su niño. Pero de repente no sé por qué su actitud cambió radicalmente: no sólo empezó a rechazarlo, sino yo diría que a odiarlo.

-¿Qué monstruo hemos creado? -le interrumpió Rosario echándose a llorar.

-Acuéstate, por favor, hoy ha sido un día agotador, y nos espera un mañana que no va ser menos.

Rosario se fue y se tumbó en la cama. La imagen de Ismael se mezclaba con las palabras que le había dicho a Carlos. No podía conciliar el sueño y cuando daba alguna cabezada corta, se repetía la misma pesadilla; veía cómo Carlos cogía el ataúd blanco de su bebé y lo lanzaba por los aires entre grandes carcajadas. Rosario, tras esto, chillaba y se despertaba.

José, viendo que no podía dejarla así, llamó al médico de guardia para que la ayudara. Le recetó unos calmantes. Los tomó y -aunque tardaron- ellos se encargaron de llevarla al sueño del olvido.

Carlos, al contrario que sus padres, parecía no tener que superar ninguna pérdida. Había decidido dar la espalda al sufrimiento. Pero su incomprensible postura agravaba el dolor de sus padres. Su única preocupación era estar con su grupo, necesitaba cada vez más de ellos, empezaba a ser feliz; le habían dado el afecto y la comprensión que necesitaba. Afortunadamente le habían abierto los ojos y lo habían acogido como si fuera uno de los suyos. Se trataba de una amistad sincera. Eran los únicos que le habían dado todo. Se habían entregado a él desinteresadamente, todos, sin excepción. No quería perderlos, por ello habló con el profesor para intentar aumentar, de nuevo, su horario.

-No podemos hacer más por ti -le contestó el profesor- Nuestra labor como externo ya no puede abarcar más. Si quieres encontrar la felicidad completa, debes venir con nosotros. Vivimos en un tapiz de amor, que vamos tejiendo día a día. Para ello ha sido absolutamente necesario apartarnos del mal, que está aquí, en este mundo que han hecho los hombres.

Nosotros queremos cambiarlo y por ello nos hemos aislado. Ha sido absolutamente necesario, para ser fuertes y en su día, cuando estemos preparados, llenar todo este universo de amor.

-¡Ven con nosotros! -le dijo Teresa yendo a su lado- ¡Somos tu familia! ¿No te das cuenta de que a los que has llamado hasta ahora padres te están destrozando? Abre los ojos y olvídalos, sólo son tus padres biológicos. Ellos no han hecho nada por ti, has nacido allí por azar, como el resto de nosotros. Pero tú has tenido la suerte de encontrar a tu verdadero padre. No desperdicies esa oportunidad que te están brindando. Debes estar contento por ser uno de los elegidos, otros jamás encontrarán el camino de la verdad. El "Padre del bien" te enseñará y junto a Él llegarás a la vida eterna. Si lo sigues, no morirás.

Carlos asintió con la cabeza y se fue. Esa conversación hizo que meditara y reflexionara hasta la saciedad, se cuestionara su valía y se felicitara por la suerte que había tenido por ser uno de los elegidos. De que le aceptaran como uno de los suyos. Le estaban ofreciendo una oportunidad única. No podía desaprovecharla. Decidió pedir permiso en el trabajo para disfrutar de un mes de vacaciones y así poder experimentar, desde dentro, si le interesaba o no lo que le proponían".

Así lo hizo. No tuvo ningún impedimento en el trabajo. Manuel, su jefe, por ver si le sentaba bien un descanso y se evadía de todo, le concedió el permiso fuera del período vacacional y aceptó la solicitud de Carlos en la que le pedía el adelanto de dos mensualidades.

Salió muy contento de la oficina, llevando dinero para ayudar a la causa. Se lo merecían. Cuanto más trabajo y dinero aportaba a “El Padre de la Verdad”, más cerca estaba de Él y más contribuía a la salvación de la tierra. Le habían abierto los ojos, percatándose, por fin, de que todo lo material era nocivo; por ello había que recopilarlo para deshacerse de él, apartarlo del mundo y entregarlo a la causa. Sentía placer cada vez que se deshacía de alguna de sus pertenencias. Y sobre todo si se trataba de dinero: Le empezaba a repugnar.

Una vez en casa preparó una maleta grande. Rosario no se atrevió a preguntarle qué se llevaba, ni a dónde iba. Pero como comprobó cuando se fue, se llevó todo lo que pudo y dejó los armarios vacíos. Carlos no les dijo nada. No se despidió a pesar del gran interrogante que reflejaban los dos en su mirada que ni tan siquiera percibió. Solo veía rostros egoístas y destructivos.

Cruzó el umbral de la puerta con su gran maleta; No sólo se llevaba en ella su ropa, sino la poca alegría que les quedaba a sus padres. La muerte de Carmen les derrumbó, pero lo poco que podrían haber recuperado, las pocas ganas de vivir que intentaban mantener al lado de su hijo, se iban también en esa maleta; salían ahora por la puerta.

Carlos se fue, orgulloso de haber tomado esa decisión tan importante, intuía que le iba a cambiar la vida. Estaba exultante. Su madre lo observaba desde la ventana, andaba con la cabeza erguida, arrogante, como hacía años que no lo había hecho. Se creía tan seguro de sí mismo, tenía tanta protección allí donde iba que no tenía nada que temer.

Cogió el autobús. Se apeó y anduvo con decisión, sin dudar en ningún momento; “siempre hacia adelante” –se decía-. Sentía que cada paso que le alejaba de sus padres y le acercaba a su verdadera familia le producía más júbilo.

Cuando llegó a la sede, no cabía en sí de alegría. Al traspasar la puerta sintió que abandonaba su vida pasada. Lo recibieron con gran entusiasmo. Toda su “familia” le quería. Era tan diferente a la que acababa de dejar atrás que de nuevo sintió vergüenza por haber llamado padres a José y a Rosario. Como en una ocasión le dijo Teresa: Padre se puede llamar sólo al que te ama, te enseña, se entrega a ti, te aparta de la maldad... como únicamente lo ha hecho por ti el “Padre de la Verdad”.

La organización era asombrosa; en ningún momento se sintió un extraño; desde el primer momento fue uno más; le mostraron rápidamente sus tareas. Lo único que no le gustó fue que le asignaran trabajo en la imprenta. Los más afortunados tenían la oportunidad de acceder a los lugares sagrados, próximos al maestro y él había sido apartado de los trabajos espirituales.

En otra época le hubiera gustado, y mucho, el trabajo de la imprenta, siempre admiró el oficio artesano y aquel lo era. Hacían falta más que conocimientos para llegar a dominar aquellas máquinas que se enfilaban a lo largo del recinto, respetándose unas a otras, reservando su espacio para el perfecto movimiento del que la dirigía.

Le asignaron la *Minerva automática*. El maestro de taller le enseñaría el oficio. Era muy diferente a lo que había hecho hasta ahora, requería toda su atención.

La sala era larga, muy larga y la máquina estaba al fondo, pasada la sección de encuadernación y de frente a la puerta, lo que le obligaba a colocarse de espaldas al resto de sus compañeros. Nunca llegaría a conseguir la soltura y la perfección del maestro de taller pero puso los cinco sentidos en aprender el funcionamiento de la máquina;

-Con la mano izquierda manejar la *palanca de accionamiento* –se repetía-. La importancia de la *bandera* –levantada bloqueaba la máquina y no podía ser

embragada-, ¡Ojo! delimita –hizo mucho hincapié su maestro- el espacio vital de la máquina y el tuyo; no olvides –le repetía constantemente que “para que las aspas te respeten, debes respetarlas”. *Los Chupones*– memorizaba mirando las anotaciones que había tomado-, succionan, mediante aire, el papel y lo meten en las *guías* y lo sueltan entre el *tímpano* y el *molde* que se juntan para presionar –seguía mentalmente, todos y cada uno de los pasos de la impresión, intentando memorizar nombres y secuencias- ¡han sido dos pases de tinta!, ¡bien!, ¡imprimen! ¡Vamos! Observaba con emoción cómo el aspa volvía a agarrar el papel y lo dejaba en la *bandeja de salida*. Observó la calidad de la impresión. ¡Bueno! se consoló, viendo la impresión llena de *calvas* (como llamaba su maestro a la falta de tinta) ¡No está mal para ser tan nuevo!

El tiempo se pasaba volando, hasta que llegó a controlar automáticamente sus movimientos. *La Minerva* requería mucho trabajo –mucho atención- antes y después de imprimir; ajustar una buena *cama*, el vaciado del *tintero*, limpieza de *rodillos*... regular la *velocidad*, el *aire*, la *presión*, la cantidad de *tinta*...

La magia de la *impresión*, del *rebundido*, de las técnicas de *relieve*... Con lo que hubiera disfrutado en otro lugar con este trabajo, aquí lo veía como un castigo. No podía rezar, no podía pensar en las enseñanzas del Gran Padre. Sólo en los numerosos pasos de su máquina. Pasaría muchas horas embutido en el

mono azul, oliendo a tinta y a gasolina y lo peor de todo; el ruido de las máquinas no le dejaba rezar. No entendía por qué se le apartaba del beneficio de los cánticos que sonaban en todas las instancias, excepto en la imprenta.

Pero hacía mal en plantearse esas cuestiones. Allí, todo tenía una explicación y probablemente debería depurarse hasta alcanzar un trabajo más digno donde pudiera corear, junto a sus compañeros, los mensajes divinos y alcanzar el privilegio de oírlos día y noche.